

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

¿Podemos establecer relaciones entre los
escritores eurocéntricos y los latinoamericanos?
[Can we establish relationships between
Eurocentric writers and Latin Americans?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Dorfman, Ariel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-17 19:39:13
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222338

¿Podemos establecer relaciones entre los escritores eurocéntricos y los latinoamericanos?

Dorfman, Ariel

Ariel Dorfman: Escritor y Crítico Literario Chileno.

NOTA PRELIMINAR

En mayo de 1976 pronuncié un discurso en inglés para una conferencia del PEN CLUB Internacional en La Haya, Holanda. El tema que servía de base a las exposiciones y debates era: "¿Cambiar el mundo, cambiar el PEN?".

Pero había un segundo sentido detrás de esa intervención: se trataba también de crear un clima emocional e intelectual, de convencer a los delegados y escritores, en su mayoría europeos y norteamericanos, de la necesidad perentoria de volver a suspender al PEN CLUB chileno, de clara inspiración y actividad fascista, lo que se logró por una abrumadora votación favorable (21 votos por la suspensión, cuatro abstenciones, uno en contra, el del chileno mismo, que debió levantarse solitariamente y retirarse de la sala de conferencias).

Este trabajo, una versión en castellano de ese discurso, elimina algunas de las referencias más notorias al contexto en que nació y lleva un nuevo título. El valor que puede tener la difusión de estas ideas en una revista como **Nueva Sociedad**, que no se dirige habitualmente a un círculo de artistas o escritores, es que tuvo como objetivo original plantear a sectores no-especialistas en la materia, con una simplicidad quizás excesiva, a veces esquemática, algunos de los problemas y dificultades, las perspectivas y obstáculos, para un efectivo diálogo entre culturas eurocéntricas y la nuestra, que lucha por su efectiva liberación y autonomía. Esas actitudes, prevalecientes en los países occidentales, tienen sus paladines - desembozados algunos, disfrazantes otros - entre muchos escritores latinoamericanos. El "ustedes" al que se interpela una y otra vez en el curso de mis palabras, no puede de ninguna manera entenderse como un conjunto de seres extranjeros, sino como a menudo participantes en el proceso interno de la cultura latinoamericana.

Más que una meditación, por ende, acerca del exilio y las tareas del escritor en la actual situación latinoamericana de reflujo, este trabajo es una consecuencia inmediata de esa situación, es una tarea concreta llevada a cabo en el exilio, forma parte de la acción, pequeña, pero parte al fin y al cabo, de esa lucha desgarradora del día tras día, del boca a boca, por lograr en América Latina una verdadera democracia, por acabar con las dictaduras, por crear nuestro propio continente liberado y socialista, para que nos entiendan los demás y para que nosotros podamos entenderlos a ellos.

EL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO Y SU CONTRIBUCIÓN A LA LUCHA POR UN CONTINENTE LIBERADO Y SOCIALISTA

Cuentan que hace unos años, en Santiago del Estero, esa empobrecida provincia del norte de la Argentina - un país que, comparado con otros del continente latinoamericano, es relativamente próspero -, se abrió una exposición artística. Quizás los asistentes se sorprendieron al ver que cada minuto y medio las luces pestañeaban virulentamente, disminuían su potencial, se semi-apagaban. ¿Para qué tal efecto? Los organizadores deseaban recordar a los presentes, con ese juego de penumbras, que en ese preciso momento - estadísticas en mano - un niño argentino de menos de un año de edad acababa de morir de desnutrición o por falta de atención médica. La interrupción en la electricidad trataba de traducir dramática, físicamente, la extinción de una vida.

No me parece necesario, y ni siquiera deseable, recurrir a este tipo de táctica de terrorismo intelectual para que un lector pueda comprender desde qué punto de vista, desde dónde, estoy escribiendo esto. No voy a solicitar a alguna mano amiga que baje el interruptor de la luz cada minuto y medio. Y eso sin tomar en cuenta de que si tuviéramos que registrar eléctricamente la muerte por hambre de cada hijo e hija latinoamericanos, si tuviéramos que agregar los adultos, si fuera inevitable oscurecer la luz por cada hombre y mujer que torturan hoy en este instante en Brasil, en Chile, en Uruguay, en Haití, si tuviéramos que conmemorar las constelaciones de mendigos, cesantes, analfabetos, hombres con las manos saqueadas, madres con el hogar violado, si tuviéramos que enfrentar desde aquí aquel inmenso e infinito dolor, sin duda que estaríamos a oscuras los minutos que duraría la lectura de estas palabras, sería inevitable que la luz no se prendiera jamás.

Si les relato este episodio es simplemente para que se comprenda que dentro de mi cabeza, a lo largo de mi piel, en mi sexo, en mi corazón, hay una luz que se debilita

a cada rato. Este episodio sirve para medir la eventual reacción mía cuando tuve que enfrentar por primera vez el tema propuesto: ¿Cambiar el mundo, cambiar al PEN?

Lo que pensé en forma automática, espontánea - y esas actitudes primarias generalmente vibran con algo de verdad que no es bueno ignorar - era: ¿cómo es posible que este tema esté exhibido con un vergonzoso signo de interrogación al final de la frase? ¿Acaso alguien puede plantearse el cambio del mundo como un camino optativo, como un dilema que se ha de resolver, como una duda debatible?

Porque confieso que para nosotros - y es significativo desde ya, que cuando hablo estoy pensando siempre en plural de la primera persona, es simbólico desde ya, del mundo del cual provengo y me nutre el hecho de que no puedo imaginarme hablando sólo por mí mismo, sino que inevitablemente tengo que incluir a mis hermanos y hermanas como marcos de referencia, como portavoces, como amplificadores -, para nosotros no es un problema teórico si un intelectual debe cambiar el mundo o no. No hay alternativa posible. Vitalmente, es casi inconcebible sugerir la participación en organismo alguno, en acción que sea, en acto estético, solitario o colectivo, que no conlleve - en mayor o menor grado - la modificación del mundo que habitamos. Y no se trata sólo de que colaboremos como hombres, como seres actuantes y a menudo políticos, en la vida cotidiana, en la lucha cotidiana por alterar una circunstancia intolerable. Se trata de que nos integramos con nuestras obras, como escritores, como gente que piensa y se emociona y descubre y quiere comunicar eso que piensa y ese modo de emocionarse y esos descubrimientos a los demás, que son en gran medida el manantial desde el cual esas comunicaciones surgen. Se trata de que participamos a través de nuestra profundización de las contradicciones de nuestra realidad, en cuanto revelamos los atascaderos y pantanos de la existencia en la orilla de este mundo, en cuanto glorificamos la esperanza que significa no dejarse abrumar por aquel sufrimiento, en cuanto exploramos el lenguaje y estamos dispuestos al riesgo que significa armarse de conocimientos y contactos.

Esta rebeldía respirativa, en la vida personal, en la escritura, obtiene su origen principal, aunque no exclusivo, en el nacer y crecer ciudadano de la gran patria latinoamericana cruzada de fronteras y montañas, ciudadanía que compartimos con los hombres y mujeres latinoamericanos que no han escrito jamás una palabra. Sufrimos todos, si bien de una manera desigual, y constatamos juntos, también con diferentes intensidades, una misma aflicción continental: nuestras tierras han sido brutalizadas económica y políticamente desde sus inicios, primero por el Imperio

español, luego por el inglés y hoy por el norteamericano, con compañías multinacionales más sutiles que los **marines** de ayer.

Pero la actitud altiva y digna de tantos productores intelectuales de nuestra América, no deriva solamente de raíces morales. Se diría que tal arraigue en la acción resulta poco menos que ineludible para quien se declara dispuesto a transformar su dolor e iluminación en búsqueda de la palabra, de la inteligencia, del ritmo, para quienes creen que el lenguaje que utiliza tiene también alguna dignidad.

Finalmente se termina por no querer pensar, porque nosotros escribimos entre pueblos que son iletrados en su mayoría o que sufren de un medular analfabetismo disfrazado. Las creaciones son con frecuencia censuradas o prohibidas por las autoridades de turno, demasiado a menudo militares ignorantes. Reina la inadvertida aridez de la autocensura, en que finalmente se termina por **no querer pensar** aquello que acarrea la deshonrosa necesidad del acto eliminatorio por mano propia. Agreguemos una situación editorial que desmejora cada año, en que el control económico de muchas empresas influye en el rechazo de obras que pudieran ser contestatarias o crear problemas a los dueños del poder. El sistema educacional es viejo, discriminativo, retardatario, represivo e insuficiente. Vivimos invadidos desde el extranjero por imágenes, modelos, idiomas, ficciones que propagan los medios masivos de comunicación, que falsifican las soluciones y desubican los problemas, que dependen de los ideales de vida y de comportamiento del mundo occidental, cristiano y blanco. Se preparan hoy antologías enteramente dedicadas a poetas presos, a poetas asesinados, a intelectuales desaparecidos en subcárceles nocturnas. Para sólo referir un caso del que fui triste espectador: yo mismo he contemplado por la televisión a los militares chilenos quemando un libro mío en la calle. Vale la pena explicitar el dolor de este testimonio: si actúan así con los libros, podemos preguntarnos con legitimidad, ¿cómo reaccionarán con los lectores, con todos aquellos que osan leer libros prohibidos? Aún más: ¿cómo actuarán con aquellos que se atreven a dejar de ser lectores, meros consumidores de la belleza y de la lucidez, y sueñan o intentan convertirse a su vez en creadores, productores de la cultura? En otras palabras: si los gobernantes se vanaglorian de hacer esto con la palabra escrita, con los representantes de lo que se llama "civilización", cómo quemarán enfurecidos la palabra viva, nuestro pueblo mismo, sus campesinos, sus obreros, sus estudiantes, cómo tratarán a la "bárbara" palabra viva de nuestra patria.

Así que no debe admirar a nadie que la historia de América Latina esté construida con notables ejemplos de participación de los intelectuales en las gestas libertadoras, en los grandes movimientos de emancipación. Estas actitudes éticas surgen de lo que podríamos llamar el contexto político, la red violenta, el urgente panorama humano, de nuestro continente: quien se atreve a pensar en América Latina se ve exigido a actuar sobre aquello que va comprendiendo; quien refleja una realidad inextricable se ve asiduamente compelido - aunque se convenza de que reflejar la realidad es también un modo de combate, una forma de hacer avanzar la fraternidad y la crítica a cambiarla; quien se consagra a la belleza no puede aceptar la injusticia de los cortocircuitos en que las obras finalizan carbonizadas y reducidas.

Mucho más allá de la colonia hemos continuado importando las modas literarias pero nuestra indocilidad, nuestra propensión al cambio no puede adscribirse únicamente a la jungla social y económica tan sofocante en que nos hallamos y a donde están nuestros lectores potenciales. La insubordinación de muchos escritores latinoamericanos tiene causas también culturales, y muy profundas.

IMITACIÓN Y DEPENDENCIA CULTURAL

De la dependencia de América Latina en el terreno económico, político, militar y tecnológico se han escrito volúmenes y polémicas. Menos se ha hablado de la dependencia en el campo de la cultura. Mucho más allá de la colonia, mucho después de nuestra independencia, como repúblicas hemos continuado importando desde el extranjero las últimas modas literarias, nos hemos dejado orientar por las tendencias culturales vigentes en el mundo occidental. Esta importación no tiene para qué ser exclusivamente paralizante. Los resultados pueden ser fecundos, semilleros de lenguajes auténticamente nacionales. Pero demasiado a menudo las consecuencias se desbordan en una serie de imitaciones serviles, copias bastardas de lo que los europeos o los norteamericanos han materializado como respuesta a sus dilemas, y que son juzgadas según se adaptan o no a los cánones y valores prevalecientes en sociedades más avanzadas y para nosotros dominantes. Naturalmente, este problema - el de las fuentes y las influencias, el de la originalidad frente al pasado o a la tradición - es central en la evolución de todo creador de cualquier parte del mundo que sea. Pero en el caso de un latinoamericano se vuelve doblemente complejo, debido a que esa incertidumbre, esa lucha por la propia identidad insuficientemente definida o indefinidamente sofocada, es consustancial con su condición. Y distancia e inestabiliza su perspectiva frente al acto de hacer arte.

Esta específica encrucijada americana significa que nuestros pensadores, novelistas, poetas, dramaturgos, deben enfrentar su realidad, deben expresarla, con instrumentos en parte forjados desde el exterior, y que por su mero origen no corresponden nunca totalmente a la circunstancia cotidiana, a la sintaxis y obsesión de lo inmediato. Aunque las tres últimas décadas han presenciado un florecimiento de nuestra literatura y de nuestra reflexión sobre nosotros mismos, con raíces que muerden desde los orígenes, constituyendo una penosa contra-cultura que ha ido fundando su derecho a tener nombre y ancestros y prole, es evidente que estamos lejos de los requisitos necesarios para una independencia cultural y el clima que la acompaña. Somos todavía residentes de lo desfasado y el lenguaje debe trasuntar esa tensión. La injusticia del mundo que ocupamos es evidente; su expresión tiende a lo incierto, ambiguo, tembloroso, violento. No quiero con esto proclamar la inexorabilidad de un pecado imborrable, ni de un barroco que nunca sacudiremos ni de un destino metafísico fatal. Deseo delinear lo que connota verse obligado a transmitir una cara con miles de máscaras como micrófonos. Es para que se comprenda que quien, en una situación tal, persevera en el atrevimiento de, pensar por su propia cuenta, de afirmar una mirada que tuerce lo que es tan falsamente recto entre tantos anteojos y anteojeras que dicen dar cuenta de lo real, se transforma desde ya en un candidato a rebelde. La literatura auténtica de nuestro continente es el rompimiento del espejo detrás del cual hace muecas el Narciso de lo oficial, es un acto escondido y escandaloso de fundación frente a la versión falsificada que bloquea nuestra luz, y no sólo desde altoparlantes fascistas y avisos publicitarios sino que es un arte hecho con recetas extranjeras.

A lo largo de nuestra historia, por ende, muchas de nuestras más grandes creaciones han elaborado las fronteras con que nuestra conciencia americana se ha ido conquistando, una tierra interior y comunitaria que puede irse liberando de las fuerzas de la ignorancia, de la mitología barata, del fanatismo intolerante de las posiciones públicas. Aclaremos, no obstante, que no siempre coinciden quienes se insurreccionan a través de la palabra escrita, es decir, los que sienten que su literatura es su arma de combate, con aquellos que integran esa posición simultáneamente como parte de una práctica personal y política. A veces el combatiente de la literatura y el luchador por la justicia, la igualdad, la verdadera democracia, el socialismo, son la misma persona; otras veces no es así, y surgen controversias y polémicas entre unos y otros.

LA CREACIÓN ARTÍSTICA Y LA LIBERACIÓN NACIONAL

En un continente tan supremamente urgido por la necesidad de no sucumbir a la opresión y la miseria, es natural que la pregunta por la función de la literatura, por la relación entre creación artística y liberación nacional, sea la fundamental.

Definir las formas que ha de tomar la participación válida del creador, en cuanto tal, en los procesos de cambio social no es fácil. Habiendo dos términos en la relación, artista y sociedad, existe la propensión a zanjar cómodamente en favor de uno o del otro. Hay quienes, por ejemplo, en virtud de su autodesignación como conciencia crítica y protagonista, proclaman la irrevocable autonomía del artista, protegido por una libertad que no debe sufrir máculas ni orientaciones de ninguna especie. Hay otros, por el contrario, que desconfían de este concepto aislacionista y, en el fondo, romántico del escritor, y estiman indispensable una subordinación de la palabra a las necesidades del proceso social. Plantear así las cosas, sin embargo, conduce a establecer de uno y otro lado un antagonismo irreconciliable que falsea las posibles soluciones. Frente al mito del artista como un ser solitario, condenado al tormento de su rebeldía y autodeterminación, como si se tratara de una república cuya independencia se proclamara cada media hora, enfatizamos mejor la noción de interdependencia, la certeza de que se es más libre en la medida en que uno se hace responsable con plenitud del privilegio colectivo que significa aprender a cantar en un continente estrangulado. Pero frente a quienes acentúan el término social como el único legítimo, afirmemos que, si bien es irrenunciable para pueblos como los nuestros el derecho y la obligación a tener políticas de fomento y estímulo de las prácticas culturales, que nadie puede negar el deber que tenemos de planificar y priorizar para el beneficio de las mayorías la escasa red de comunicaciones que ha sido apropiada por una minoría, eso no puede ser pretexto para resolver los complejos problemas de la expresión literaria y su pluralismo indispensable por métodos administrativos o directivas supraculturales. La tarea de las tareas para nosotros, durante lo que resta del siglo XX en América Latina, es convertir la contracultura del pueblo en fuerza cultural e ideológica hegemónica de toda la nación. Eso no puede ser posible sin la búsqueda del consenso como meta, la persuasión firme como sistema masivo y amplificador, la integración responsable y multifacética a la vida de nuestros pueblos, a los diferentes niveles de sus sufrimientos y perspectivas como certidumbre irreductible.

EL PEN CLUB, ¿PUEDE COMPARTIR NUESTRAS LUCHAS POR LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA?

Esta intuición básica - que se inclina por la responsabilidad del escritor - parece marcar a casi todos los creadores de los continentes emergentes y especialmente a aquellos que tenemos menos de 35 años. También nos permite vislumbrar nuestra eventual contribución al segundo término del tema debatido. Cambiar el mundo, sí, claro que sí. Con todos los reparos, reservas y dificultades, evidente que sí. Bueno, pero el PEN, el PEN CLUB Internacional, ¿hay que cambiarlo también? ¿Puede compartir nuestras luchas por libertad y justicia en el Tercer Mundo sin destruir su propia organización y fundamentos?

Antes que nada, una inexcusable aclaración. Deseo confesar que me asalta lo que podría denominarse un ataque de timidez. Yo nunca pertenecí al PEN CLUB en Chile, pese a que diversas grandes figuras literarias de otras generaciones si eran miembros, tanto en nuestro país como en otras repúblicas sudamericanas. Como no he participado en las etapas históricas anteriores de esta asociación. es legítimo preguntarse si acaso mi contribución puede ser otra que las acotaciones singularmente rudimentarias de un foráneo, un espectador. Quizás el valor de mi presencia resida justamente en sacar provecho de este fenómeno. Al menos podré transmitirles - con franqueza y lealtad - las razones por las cuales no nos interesamos por el PEN CLUB, las evidencias por las cuales el PEN CLUB nos resultó a muchos, especialmente entre toda una generación de escritores jóvenes, una estructura bastante alejada de nuestras urgencias más inmediatas y cotidianas y - por qué no decirlo - una institución vagamente sospechosa.

La progresiva irrupción sobre la escena mundial de los países pobres y marginados ha representado un desafío no sólo económico al orden internacional existente, sino que también de índole moral y cultural, y ha ido conmocionando - petróleo mediante la conciencia, hasta ayer relativamente intacta, aunque agrietada y sacudida, de grandes sectores del cosmos capitalista contemporáneo, del mismo mundo responsable no sólo de nuestra condición atrasada y explotada sino de su racionalización autojustificatoria, colmada de alabanzas y congratulaciones. Todo cambio en el PEN debe tomar en cuenta esta nueva realidad, y para hacerlo quizás puede ayudar - con el propósito de profundizar y enmarcar la discusión abierta - el esclarecimiento de aquella distancia que sentíamos ciertos escritores, no sólo chilenos, sino que latinoamericanos, frente a la institución en los últimos quince años, los años que nos llevan de nuestros primeros escritos, más bien íntimos, hasta la publicación de muchas obras ya más maduras, con mayor repercusión.

¿Cuáles eran los fundamentos principales de esa distancia, de esa duda?

En primer lugar, el proclamado carácter **apolítico** del PEN. Entendemos que a nosotros desde que nacemos, desde que comenzamos a deletrear una palabra, desde que nos paramos a balbucear un primer poema, desde que nos juntamos a ensayar una obra teatral, desde que entregamos el manuscrito del primer cuento, desde siempre, los sectores económica y política y comunicativamente dominantes nos han tratado de inculcar - en el mismo aire que respiramos, en la forma del vaso en que bebemos agua - con la convicción de que el escritor no debe enlodarse con las luchas por cambiar la sociedad. Nos han inculcado la falsa certeza de que seremos mejores escritores si nos mantenemos al margen de la política. Y nos estimulan muy poderosamente para que continuemos sintiendo las cosas de esa manera. Nuestras obras serán publicadas, si nos comportamos bien. Acumularemos becas y puestos dónde ganarnos la vida. Viajaremos abundantemente. Es decir, premios, prebendas, empujoncitos.

En Latinoamérica hemos tenido que batallar siempre contra la ilusión de la pureza sin tacha del arte, detrás de la cual hemos vislumbrado agitarse la manipulación del artista, el intento de separarlo de su pueblo. (Que se me entienda bien. Con esto no aduzco que baste que una obra literaria sea política para que tenga calidad. Desafortunadamente - y lo digo porque serían tan fáciles las cosas si todo calzara de manera perfecta -, ya aprendimos que el "compromiso" social de la obra no es garantía de su capacidad de comunicación estética y, peor todavía, que muchas obras de excelente factura y de desgarrada revelación pueden ser elaboradas por seres cuyas ideas políticas me repugnan y disgustan). Lo que quiero retener, entonces, es que cuando el PEN CLUB se obstina en autodefinirse - entre otras razones atendibles para poder conservar su unidad internacional, su búsqueda de tolerantes lugares de encuentro, en un panorama tan contradictorio - como neutral más allá de la política, muchos de nosotros, inmersos en un quehacer cultural cotidiano en el seno de nuestro pueblo, juzgamos y juzgábamos esas nociones como tendientes a reforzar los criterios dominantes sobre el papel elitista del escritor en una sociedad subdesarrollada, como otro paso más en lo que podríamos llamar el proceso, no de lavado de cerebros, sino de embadurnamiento de cerebros, un nuevo intento de alejarnos más de la lucha por la liberación y el autoconocimiento, cortan las raíces populares y las ramificaciones hacia un público más amplio y menos profesional y "literato". Es decir, nos "neutralizaba".

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE UN DIÁLOGO ENTRE LOS ESCRITORES EURO-CÉNTRICOS Y LATINOAMERICANOS

En segundo lugar, el PEN CLUB se origina fundamentalmente en Europa y en EE.UU., a principios de la década del 20, como un deseo de reconstituir el resquebrajado mundo occidental después de la sangría de la primera guerra mundial, y la muerte de tantos mitos.

Ya tuvimos ocasión de señalar que gran parte de nuestra literatura y nuestra vida se construye oponiéndose - aunque esté fecundamente enraizada en ella - a esa civilización llamada occidental. Si bien podemos sentirnos identificados con las palabras de la Carta de Fundación del PEN, que aluden a la necesidad de intercambiar literaturas y experiencias, irrespectivo de religión, raza o nacionalidad, es igualmente ostensible que para nosotros - que hemos ocupado hasta ahora las orillas, por no hablar de los sótanos y las cloacas de la historia - el eurocentrismo es una tendencia impuesta desde afuera que tiende a estimular en nuestros intelectuales una dependencia excesiva, una orientación por modelos alejados de las necesidades cotidianas. Tampoco es mi intención caer en un chauvinismo malsano, pero la única posibilidad de dialogar fructíferamente con otros pueblos es que tengamos puntos de vista propios. Para ponerlo en otras palabras: aunque el encuentro con nuestros colegas de otras latitudes y el camino hacia una sola humanidad pacífica nos resultaba y nos resulta un imperativo que no estamos dispuestos a olvidar, temíamos que se escondiera detrás del supuesto internacionalismo del PEN, una integración en la dura realidad a un orden cultural supranacional ya constituido y anclado en el viejo continente, en que nuestra presencia, más que una modificación o recuestionamiento, significaba un acatamiento de estructuras y de una repartición previa de "riquezas culturales" ya existentes.

En tercer lugar, aunque los temas de la libertad de prensa, la pelea por la supresión de la censura, el encarcelamiento de los escritores, nos parecían esenciales, y más para nosotros, que vivimos en un hemisferio donde no existe esa libertad, donde sí persiste la censura más feroz y donde son centenares los creadores presos, demasiado a menudo flotaba y se iba afirmando entre nosotros la impresión de que el interés del PEN CLUB en tales asuntos se desarrollaba en el contexto de la Guerra Fría, y con poca auténtica preocupación por lo que ocurría en nuestros continentes sumergidos y olvidados. Es decir, que estábamos ante un instrumento edificado para el uso contra los países socialistas. Numerosos episodios vinieron, además, a confirmar este argumento.

Por eso mismo, barruntábamos que podía haber, de parte de los miembros del PEN CLUB, una escasa disposición para comprender las inevitables dificultades en el campo de la cultura, que significa todo proceso de cambio social profundo y revolucionario. Es indispensable puntualizar que para nosotros, durante la década del sesenta, la piedra de toque y pasión fundamental era la Revolución Cubana, donde un pueblo hermano de Latinoamérica construía por primera vez, y sigue construyendo hoy, las bases para su independencia social, económica e intelectual. Es decir, libertad de prensa para nosotros no es sólo el acceso teórico a un periódico para poder expresarse sin ser detenido, sino el control de los medios de comunicación por las grandes mayorías. Olvidar que la libertad de prensa está amenazada, antes que nada, por los monopolios y por la falta de participación, la falta de democratización, en los canales de comunicación social, es negar nuestro derecho a la autodeterminación cultural como naciones.

Por último, cuarta razón, los mismos luengos años que el PEN CLUB ostenta con orgullo y que para sus miembros es signo de vitalidad y útil servicio a la causa de las letras, para nosotros asumía un sentido más bien inverso: quienes celebraban aniversario tras aniversario del CLUB bien podían ser en algunos casos extraordinarios creadores, pero era gente de cierta edad y ánimo y disposición, perteneciente a generaciones anteriores, con un estilo mundano o profesional que no había interés en imitar. Sobre el PEN descendía el indefinido pecado de los **cocktail parties**, del escritor navegando como un pequeño Dios entre los salones literarios de los mediocres buscando un editor, y del mundillo de los editores buscando promover alguna buena venta. El PEN parecía encarnar el sentido más restringido y menos feliz de la palabra "club", cuyo uso se había implantado en nuestros países como correlato de la dominación inglesa sobre nuestras economías. Al llegar una pulcra selección de británicos a nuestras llanuras y puertos, en el siglo XIX, con sus mercancías, navíos y cónsules, se encerraron en sus enclaves financieros y, escogiendo los terrenos más lujuriosos, establecieron los clubes sociales. La oligarquía criolla adoptó la misma moda, levantando murallas detrás de las cuales se escuchaba jugar tenis, golf y bridge al son de gin importado y hielo de sucia procedencia nacional. Si en el PEN CLUB se iba a jugar al tenis literario, se va a jugar al golf lingüístico, eso no nos interesaba, eso sigue sin interesarnos. Fue Galsworthy, el autor inglés, quien bautizó el PEN con ese sobrenombre, trasuntando un deseo inconsciente ante el fin del imperio británico, de rescatar aquella aristocracia y segregación que permitiera salvar al menos el "espíritu" de la inevitable decadencia del siglo XX. Por nuestra parte, descendientes de súbditos no sabemos si ariscos de ese colonialismo, pero sufrientes de otra forma de

imperialismo mental y físico, preferimos instintivamente organizarnos en cofradías, fraternidades, amplitudes, que no traigan malos recuerdos.

Quizás esta radiografía de lo que pasaba y seguramente sigue pasando en muchas cabezas de creadores latinoamericanos y del Tercer Mundo, pueda servir para ahondar en la pregunta que surge de inmediato: ¿qué posibilidades existen de que esa distancia se disipe, que haya un acercamiento entre este tipo de escritores y el PEN CLUB? ¿Hay algún territorio de convergencia, de intereses mutuos, de acciones conjuntas? ¿La situación que se ha descrito nace de un cúmulo de malentendidos y prejuicios, o se refiere acaso a contradicciones más bien estructurales, tajantes, tan profundas que no pueden ser superadas? En gran medida, estamos preguntando por las relaciones posibles, dignas, entre creadores europeos y latinoamericanos, entendiendo que el PEN CLUB tampoco representa a todos los creadores de Europa y EE.UU. ni es la única forma de establecer relaciones.

No conozco yo la respuesta a estas interrogantes. Una cierta imagen del PEN CLUB se generó entre amplios círculos intelectuales en nuestros países. Por nuestra parte, estamos viviendo un proceso continental de rompimiento de imágenes, madurando, evolucionando, intentando juzgar de una manera más serena las complejidades de nuestra historia actual y pretérita, poniendo de lado una cierta impaciente intolerancia apasionada. Pero las imágenes heredadas del pasado serán derrotadas en cuanto la práctica del presente las pueda ir desmintiendo, es decir, en cuanto el PEN CLUB cambie su imagen a través de su acción hoy y nos indique que estamos equivocados o que nos habíamos equivocado ayer.

EL PEN CLUB Y SU RESPONSABILIDAD HISTÓRICA. LA EXPERIENCIA CHILENA

Para no caer en una discusión generalizante, prefiero proponer un caso que pueda medir al PEN CLUB de ahora, que lo coloque frente a sus objetivos declarados, frente a su responsabilidad histórica, frente a los límites y las perspectivas de su cambio. Presentemos el caso que mejor conozco, el de Chile, mi país, que puede servir de faro y guía en un debate de este tipo, que arriesga perderse en abstracciones y posiciones teóricas. Porque nuestro pueblo ha vivido en los últimos años dos experiencias radicalmente opuestas, dos modelos de sociedad y por ende de cultura, que representan extremos antagónicos de la convivencia humana, hemos vivido dos situaciones que pueden estimarse prototípicas o al menos simbólicas de posibilidades - positivas o negativas - abiertas a los países subdesarrollados. Uno de esos caminos es el de la liberación y la búsqueda; el otro, el del fascismo y la opresión. En la guerra invisible que resisten hoy los pueblos

desposeídos de este planeta, Chile es una buena vara de medir. Aunque no es pertinente desconocer otras formas de calibrar al PEN, su reacción frente al caso límite de Chile puede constituir una de las mejores maneras de olfatear sus tendencias actuales, la aparición de nuevas mayorías en su interior, el porvenir hacia el cual quizás camina, la imagen renovada que en este momento iría secretando.

Examinemos primero nuestra experiencia entre 1970 y 1973, durante el gobierno de Salvador Allende, constitucionalmente elegido por sufragio universal por su pueblo. No quiero referirme aquí al vasto proceso de liberación económica, social y política de nuestra sociedad. Sólo enfoquemos el restringido campo de la literatura.

Ante todo, tolerancia, libertad de crítica, libertad de prensa. Jamás se encarceló a alguien por sus ideas o escritos durante el régimen de la Unidad Popular, jamás se censuró a diario o revista alguna, jamás se prohibió un libro. A mi entender, incluso se practicó un excesivo liberalismo en este campo, puesto que ni siquiera se frenaron los llamados ilegales y sediciosos de diversos sectores que exigían el derrocamiento del gobierno y que alentaban el baño de sangre que posteriormente desataron.

Pero el gobierno de la Unidad Popular no fue solo un ejemplo de tolerancia y pluralismo. Fue también construcción. Una construcción llena de fallas, de errores, de problemas, de limitaciones, de dolores de cabeza, pero como dijo Roque Dalton, con una aspirina del porte del sol. Mencionó estos defectos para no caer en la nostalgia que todo exilio fomenta, transformando el pasado en paraíso y negándose a criticar lo que no se hizo bien. Pero hubo objetivamente algunos logros en el campo de la literatura y su reseña tiene sentido.

Al nacionalizar la más grande empresa editorial privada del país, se procedió a una verdadera revolución del libro, publicando más de 12 millones de volúmenes en 22 meses de actividad, sin interferir para nada con otras casas editoras privadas que también incrementaron notablemente su producción. Nosotros llevamos a cabo - en los hechos - lo que el PEN CLUB sugiere en su Carta. Dar a conocer las obras de otros pueblos. Publicábamos en ediciones de bolsillo, en venta en los quioscos, con tiradas de 80 mil a 150 mil ejemplares, la literatura de toda la humanidad. Al mismo tiempo estimulábamos la producción de nuestros propios autores. Es muy diferente pensar en escribir para mil personas, casi todas de rostro relativamente familiar, que de repente darse cuenta de que se abren múltiples y entusiastas públicos, que es factible comunicarse con grandes masas, una literatura

que tenga una respuesta inmediata. Todo esto unido a una política medularmente popular. Aparecieron bibliotecas en asentamientos campesinos, donde nunca antes había llegado la palabra impresa. Se crearon clubes - ustedes ven que estamos dispuestos a utilizar esa palabra, a expropiarla para nuestros fines - de lectores en poblaciones y sindicatos.

Por otra parte, cuando un país entero se pone en marcha, cuando el hombre y la mujer sienten que han tomado su destino en las manos y pueden, en efecto, variar su circunstancia, pueden romper el cerco de la desesperación, de la estulticia y de la miseria, cuando eso ocurre multitudinariamente, se desbordan las energías corporales y anímicas. Porque para modificar el mundo hace falta conocerlo, interrogarlo, profundizarlo, darle vuelta, mirarlo del otro lado. Hay que preguntar, dudar, estudiar, emocionarse. Es necesario fundar lenguajes comunitarios que reflejen, recojan y anticipen las inmensas reservas humanas desencadenadas, la danza adonde no éramos siquiera espectadores antes. Hace falta dominar el lenguaje que nos ha sido negado durante siglos y utilizarlo para unir al pueblo, para educar, para experimentar, para convencer a quienes no entienden, para aislar a quienes quieren sabotear la experiencia revolucionaria, para dejarlos solitarios en su verbo conjugado en tiempo pasado.

Esto no significa que haya sido particularmente satisfactoria la producción literaria durante el período de la Unidad Popular. Hubo - como en toda época - buenas obras y malas. Y las hubo sobretodos los registros de lo real, que asaltaban muchos niveles de lo humano. Obras simples y obras experimentales. Obras herméticas y obras esquemáticas. Obras inmatistas y obras esotéricas. Obras situadas en Chile y obras situadas en el planeta Marte. A mi personalmente me interesaban aquellas que intentaban remitirse a los acontecimientos que estábamos palpando, sea en sus aspectos más insondables y penetrantes (por ejemplo, en cuanto implicaban cambios y repercusiones en la psicología colectiva e individual, en cuanto comprometía el florecimiento de la contradicción hasta entonces semi-oculta), sea en sus aspectos más anecdóticos o episódicos. Pero en ningún momento un organismo oficial, ni extraoficial, dictaminó que tal obra era correcta y tal otra incorrecta. Lo que tampoco significó - tal como lo estipulé antes - que dejáramos de priorizar las necesidades y las respuestas a esas necesidades.

Hubo otras iniciativas, múltiples. Ahí estaba la televisión y la necesidad de integrar a los escritores a los medios masivos de comunicación; existía la posibilidad del cine, que en realidad ofreció sus frutos solamente después del derrocamiento del gobierno de Allende, y en el exterior del país, la posibilidad - exiguamente

empleada - de coleccionar y estimular los testimonios del pueblo, para así servir de vehículo transmisor de experiencias secularmente enterradas y que ahora podían sembrarse y cosecharse a la luz; la posibilidad de meditar y publicar tanto en revistas especializadas como en otras de mayor difusión; la posibilidad de talleres de expresión literaria en los sindicatos y en las poblaciones; y, por último, la posibilidad - que sí se realizó plenamente - de llevar obras teatrales tradicionales a los barrios y de crear, junto con los habitantes, obras nuevas, referidas a sus aspiraciones, críticas y dificultades.

Se nos dio, en una palabra, la oportunidad - que aprovechamos sólo a medias - de hacer entrega de nuestros talentos y de nuestras vidas a los demás. Es el regalo más incitante que un pueblo puede brindarle a sus intelectuales. Nos redimensionó para siempre la vida. Nuestra voz tenía un sitio real dónde multiplicarse, un huerto real y no ficticio.

Parece innecesario subrayar que, en cambio, la peripecia del fascismo ha sido tremenda y devastadora. Ese pueblo que tan generosamente se abrió a nosotros y nos moldeó la cabeza con otra arcilla y nos ensanchó el corazón y nos ofreció otro pulmón para escribir, ese pueblo fue la primera víctima de la dictadura. Junto con el asalto a la nación, se asaltaron sus órganos de expresión. Fueron bombardeadas las radios, clausurados los diarios de izquierda, blanqueadas las murallas donde los colores se habían organizado para contar su crónica diaria, fueron quemados los libros. Se asesinó a figuras culturales, se encarceló a centenares de otras, se exiliaron miles, hoy son innumerables los desaparecidos. Las universidades fueron intervenidas por coroneles y almirantes, se prohibió la palabra compañero, se cambiaron los nombres que los pobladores mismos le habían dado a sus vecindarios, se censuraron los textos escolares. Fueron incontables los despidos, y entre ellos, los hombres de letras, los educadores, los músicos, los pintores. Tomemos sólo el caso de Quimantú, la editora del Estado, señalada antes como promotora de la revolución del libro chileno. Al momento del golpe había 1.530 trabajadores en la empresa. A fines de septiembre de 1973, había 960. En noviembre, se llegaba a 800. En marzo de 1974 sólo quedaban 450 trabajadores intelectuales y manuales. Lo que no es extraño, puesto que la producción había bajado tanto, que ya en marzo de 1976 se puso a la empresa en remate, para reprivatizarla, volviendo a anquilosar los libros en manos adineradas y exquisitas.

En síntesis, este es el caso de Chile. Durante el gobierno de la Unidad Popular llevamos a cabo - sin que el PEN tuviera nada que ver con el asunto - muchos de los principios más importantes y de los valores que el PEN tiene inscritos en su

Carta. Durante el gobierno fascista actual, las autoridades practican no sólo la destrucción sistemática de nuestra experiencia, sino que además la violación consciente de todos los derechos humanos y, de paso, algunos de los anhelos supuestamente más amados por el PEN CLUB.

Ante esa situación, ¿cuál es la actitud del PEN Internacional?

Midamos.

Porque si nuestro caso ha provocado en la humanidad un terremoto de angustia e indignación, no se debe solamente al tipo de esperanzas que fueron pisoteadas por el **putsch**. Era más bien porque el mundo capturó, y anticipó, como una metáfora relampagueante e inadmisible, el destino que se reservaba a planicies enteras de la humanidad actual, se profetizaba ahí el futuro degradado posible, no sólo de países del Tercer Mundo sino de otras sociedades, más avanzadas industrialmente. Lo que se vislumbró fue un ensayo general del Apocalipsis de las categorías morales contemporáneas, en que los débiles y los pobres hacen nuevamente de laboratorio.

Por lo tanto, cuando el PEN Internacional, en noviembre de 1975, readmite al Club Chileno oficialista en Viena, esta acción aparece ante los ojos del mundo, y lo que es más grave, ante los ojos del pueblo chileno que lee la noticia con estupor y tristeza, como un apoyo - quíerese o no - al gobierno mismo de Pinochet y a los magros intelectuales que - por miedo, oportunismo o provecho - se hacen cómplices de su sangrienta tiranía. ¿Cuál puede ser el interés de los escritores del Tercer Mundo de pertenecer a una Asociación que permite a los fascistas volver triunfalmente a entrar en su seno? ¿Cuál hubiera sido la reacción de los miembros de PEN, si Pinochet fuera francés, o alemán, o inglés? ¿Cuál fue la actitud, para no ir más lejos, ante Hitler? Y eso que Hitler tuvo más apoyo de su pueblo que Pinochet del nuestro, porque nuestro fascismo es uno de segunda categoría, un fascismo dependiente, torcido, grotesco, casi una caricatura subdesarrollada de fascismo y que, naturalmente, no osa confesar su génesis ni padrastró anterior.

En cambio, cuando el Fondo de Emergencia del PEN CLUB nos ayuda a becar escritores para que permanezcan en Chile y no deban emigrar del país, y puedan desde allá seguir testimoniando, es evidente que sentimos que hay muchas luchas en común, muchas batallas para emprender y aprender juntos, mucho que dialogar y discutir, aunque puedan todavía subsistir graves diferencias de opinión y de interpretación.

Quiero admitir que el exilio y la destrucción de la democracia en Chile me han hecho madurar - aquí sí que no puedo hablar por mis colegas - en el sentido de revalorizar muchos de los objetivos que el PEN CLUB se propone. Toman un peso aún más significativo las palabras tolerancia, libertad de crítica, libertad de prensa, que casi parecen abolidas hoy en día como materializaciones reales. He vuelto a comprender en todo su alcance hasta qué punto es necesario dialogar con otros escritores, aprender a escuchar puntos de vista diferentes, reconocer las áreas tolerables del desacuerdo. La catástrofe que nos ha sobrevenido nos ha abierto a los demás, nos ha enseñado a buscar aquello que francamente nos va uniendo antes que aquello que nos separa y divide. Habiendo vivido a un ritmo enloquecedor una pasión intensa, amanecemos ahora a años extensos y laboriosos en que debemos hacer el aprendizaje de la amplitud, lo que es siempre doloroso, el aprendizaje del crecimiento, junto con quien diverge de uno, lo que es más doloroso aún, y en el proceso ir apreciando que nuestros conflictos, dubitaciones y pesares tienen dimensiones mundiales.

Abrirse, sí, abrirse, pero también hemos redescubierto, reafirmado, un límite a ese aprendizaje, a ese diálogo, a esa multiplicación, a ese pluralismo. Para nosotros, ese límite, esa línea divisoria de las aguas, lo constituye el fascismo. Separamos el mundo entre quienes luchan por un mundo donde el fascismo no pueda desarrollarse y aquellos para los cuales este fenómeno les resulta indiferente, por mucho que en voz alta anuncien los más altos propósitos. Para nosotros, este no es un problema secundario: es el de nuestra sobrevivencia como pueblo, como nación, como continente, como humanidad o inhumanidad. No podemos ni vamos a sentarnos en la misma mesa que los asesinos y torturadores de nuestros compañeros. Ni con sus cómplices o propagandistas. Si los reglamentos, estatutos, incisos y artículos permiten ese tipo de alegre mesa redonda, es porque esos reglamentos y etcéteras son inservibles y hay que cambiarlos. No se trata de que estemos a favor del odio, que fomentemos la venganza. No vamos a utilizar contra los fascistas los métodos viles que ellos emplean. Pero no tenemos nada de que convencerles, no hay palabra significativa que pueda cruzarse en su presencia. Ellos se han excluido de la civilización. Si se han cerrado la puerta, hay que ponerle doble candado y dejar que se extingan en las afueras.

TAREAS CONCRETAS EN LAS QUE EL PEN CLUB PUEDE AYUDARNOS

Tal vez el relato de nuestra experiencia y conclusiones sirva para apreciar los modos en que el PEN CLUB pueda cambiar en un mundo que, tal cual está siendo construido, resulta intolerable para la conciencia humana. Hay épocas del hombre

en que el pulso de la historia se acelera. El PEN CLUB ha acumulado durante años una cierta reserva moral, una preocupación por la libertad de la palabra marginándose de asuntos políticos contingentes. En esta plaga que sufren tantos hombres hoy, y entre ellos no sólo los creadores actuales sino los niños que lo serán mañana, ¿es posible que el PEN CLUB mantenga esta actitud de prescindencia? ¿O sentirá la obligación de poner en juego su influencia, practicar una neutralidad que debería llamarse activa, una neutralidad que no huya de los conflictos sino que trata de solucionarlos, una neutralidad que sea pasión y no pretexto? Sólo de esta manera podría el PEN encaminarse a ser una comarca de encuentro, donde diferentes escritores podrían juntarse para trabajar unidos, aprender y cambiarse, más que un tránsito de aguas que se mezclan en la superficie y luego siguen sus caminos separados con los mismos colores precedentes.

Algunas sugerencias concretas sobre modos concretos en que el PEN Internacional puede ayudarnos.

Puede protestar el genocidio cultural en que se debaten nuestros pueblos y llamar la atención a la violación sistemática de los derechos del hombre a la cultura y a la expresión en nuestra parte del mundo. Puede mandar misiones de investigación a nuestros países, y conseguir la liberación de los artistas encarcelados. Puede suspender a aquellos clubes nacionales que aplauden las políticas represivas y fascistas de sus gobiernos y que nada hacen por ampliar los espacios eventuales de libertad que aún quedan o que se han ido conquistando al interior de esas fronteras. Puede fomentar la libertad de crítica y de expresión de aquellos sectores intelectuales en nuestros países que necesitan un apoyo o protección internacional para las palabras que deben pronunciar. Pueden becar o adoptar a escritores que permanecen dentro, y que por muy perseguidos que estén, siguen ardiendo con deseos de crear, testificar, contactarse. Puede ayudar a difundir las creaciones de los marginados de la humanidad, estableciendo un fondo especial para la traducción de obras desconocidas y significativas de autores del Tercer Mundo y que quizás no tengan un interés comercial inmediato. Puede proponer temas para debatir, que tomen en cuenta nuestros intereses, nuestros problemas. O una idea más extraña: puede instar a sus escritores para que liberen sus derechos de autor, para la difusión de sus libros en aquellas naciones que realizan profundas transformaciones en sus estructuras socio-económicas y que necesitan ese tipo de donaciones, ayudando a destruir el monopolio del mundo occidental sobre la multiplicación de los mensajes.

Creemos que este tipo de cambio de énfasis en PEN, en sus prioridades, sin olvidar los objetivos originales, tendrían como resultado no sólo el ligar esta institución a algunos de los problemas más urgentes y verdaderos contemporáneos, sino que también movería a escritores del Tercer Mundo a que sintieran interés por ingresar. Estos escritores tienen mucho que entregarle a sus colegas extranjeros, una vez que sientan que se los acepta por lo que son y lo que quieren hacer.

Porque es insana toda relación unilateral. Nosotros también tenemos algo que darles a los **eurocéntricos**.

Desde ya, estos planes, estas sugerencias, constituyen de por sí un desafío, una oportunidad, y lo mejor que uno puede ofrecerle a otro ser humano es la posibilidad de ayudar, y en el proceso de hacerlo, cambiarse a sí mismo. Pero somos algo más que petición, solicitud, exigencia. Hemos vivido la profundidad de la humillación y, sin embargo, caminamos erectos. Nos bombardean con miles de mensajes en medios masivos degradantes que nos enseñan a rivalizar, a competir, a odiarnos, y mírennos, somos solidarios, compartimos entre muchos lo poco que tenemos, nuestras manos inventan colores nuevos. Porque la violencia se descarga, y pese a la tortura, la cárcel, el desarraigo. Las masacres, la censura, el control policial de nuestra educación, somos un poco como los hombres y mujeres en los campos de concentración: no hemos perdido la fe en el otro ser humano, hemos confirmado el arte como un arma de la dignidad, una alternativa frente a los alambres de púa. Porque somos sordomudos a los cuales se les ha arrancado las cuerdas vocales y seguimos cantando. Porque tenemos cementerios desbordantes de muertos que no acatan la orden de callarse y siguen conversando con los vivos, instándolos a completar la lucha.

Porque si bien adentro de nosotros se apaga a cada minuto y medio esa luz que recuerda que un niño ha muerto de hambre y que a un hombre lo están echando de su trabajo y que una mujer va a parir un hijo del torturador que la ha violado, a la vez adentro de cada uno de nosotros también se prende y reparte una luz, y más que una luz, un horizonte de luces, y somos capaces de convertir la oscuridad en un torrente de antorchas.

Nuestro arte, nuestra literatura, han sido producidos en la boca misma, en la amanecida boca misma, de la muerte, y allá hemos descubierto que hay un modo de transformar el dolor en aprendizaje y el aprendizaje en esperanza.

Nos han ordenado que hemos de callarnos, y sin embargo y con embargo, y no obstante y con obstante, continuamos peleando por la palabra, y más que por la palabra, por la lengua, los dientes, las encías de la palabra, y no vamos a reconocer el silencio decretado.

Creo que estarán de acuerdo conmigo cuando digo que lo que le ofrecemos a los escritores eurocéntricos es un regalo, si son capaces de apreciarlo, de considerable magnitud.